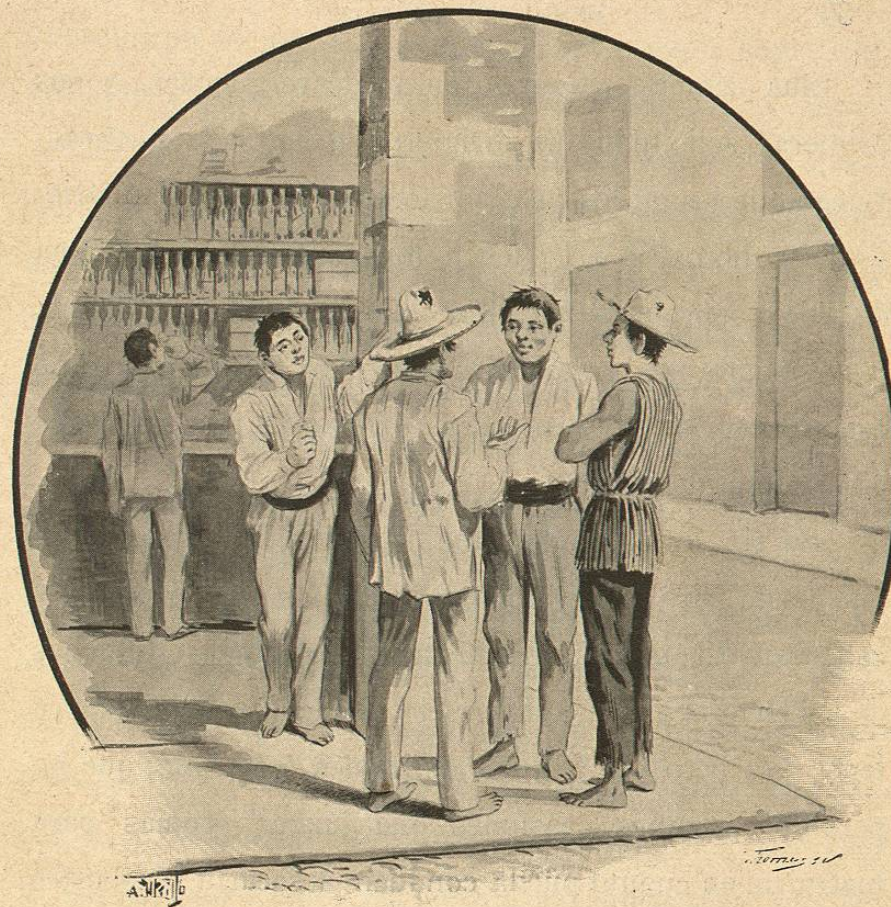


fundieron aquellos encuerados á quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos traseros que disparaban y el pestífero sahumero que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.



### CAPÍTULO III

Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador  
Hace una seria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco  
no la cuenta

Contando las horas y los cantos del gallo estuve toda la noche sin poder dormir un rato, y deseando la venida de la aurora para salir de aquella mazmorra, hasta que quiso Dios que amaneció, y fueron levantándose aquellos bribones encuerados.

Sus primeras palabras fueron desvergüenzas, y sus primeras solicitudes se dirigieron á *hacer la mañana*. Luego que los oí, los tuve por locos, y le dije á Januario: —Estos hombres no pueden menos que estar sin gota de juicio, porque todos ellos quieren hacer la mañana. ¡Qué locura tan graciosa! ¿Pues qué, piensan que no está hecha, ó se creen ellos capaces de una cosa que es privativa de Dios?

Se rió Januario de gana, y me dijo: —Se conoce que hasta hoy fuiste tunante á medias, pillo decente y zángano vergonzante. En efecto, ignoras todavía muchos de los términos más comunes y trillados de la dialéctica leperuna; pero por fortuna me tienes á tu lado, que no perderé ningunas ocasiones que juzgue propias para instruirte en cuanto pueda conducir á sacarte un diestro veterano, ya sea entre los pillos decentes, ya sea entre los de la *chichi* pelada,<sup>1</sup> como son éstos.

Por ahora sábetes que *hacer la mañana* entre esta gente quiere decir desayunarse con aguardiente, pues están reñidos con el chocolate y el café, y más bien gastan un real ó dos á estas horas en *chinguirito* malo que en un pocillo del más rico chocolate.

Apenas salí de esa duda, cuando me puso en otras

<sup>1</sup> Echada la sábana ó frazada sobre el hombro izquierdo y terciada bajo el brazo derecho como acostumbran esas gentes, queda descubierta la teta derecha cuando no hay camisa ú otra ropa; y como *chichi* en mexicano quiere decir *teta* ó pecho, la frase se aplica á los que tienen el pecho de fuera ó andan sin camisa por no usarla. E.

nuevas uno de aquellos zaragates que, según supe, era oficial de zapatero; pues le dijo á otro compañero suyo: —Chepe,<sup>1</sup> vamos á hacer la mañana y vámonos á trabajar, que el sábado quedamos con el maestro en que hoy habíamos de ir, y nos estará esperando. —A lo que el Chepe respondió: —Vaya el maestro al tal, que yo no tengo ni tantitas ganas de trabajar hoy por dos motivos: el uno porque es *san Lunes*, y el otro porque ayer me emborraché y es fuerza curarme hoy.

Suspense estaba yo escuchando aquellas cosas, que para mí eran enigmas, cuando mi maestro me dijo: —Has de saber que es un abuso muy viejo, y casi irremediable entre los más de los oficiales mecánicos, no trabajar los lunes, por razón de lo estragados que quedan con la embriagada que se dan el domingo, y por eso le llaman *san Lunes*, no porque los lunes sean días de guarda por ser lunes, como tú lo sabes, sino porque los oficiales abandonados se abstienen de trabajar en ellos por *curarse* la borrachera, como éste dice.

—¿Y cómo se cura la embriaguez? pregunté. —Con otra nueva, me respondió Januario. —Pues entonces, dije yo, debiendo el exceso del aguardiente hacer el mismo efecto el domingo que el lunes, se sigue que, si una emborrachada del domingo ha de menester para curarse otra del lunes, la del lunes necesitará la del

<sup>1</sup> Lo mismo que Pepe ó José. E.

martes, la del martes, la del miércoles, y así venimos á sacar por consecuencia que se alcanzarán las embriagueces unas á otras, sin que en realidad se verifique la curación de la primera con tan descabellado remedio. La verdad, ésa me parece peor locura en esta gente que la de hacer la mañana; porque pensar que una tranca<sup>1</sup> se cura con otra, es como creer que una quemada se cura con otra quemada, una herida con otra, etc., lo que ciertamente es un delirio.

—Tú dices muy bien, contestó Enero, pero esta gente no entiende de argumentos. Son muy viciosos y flojos; trabajan por no morir de hambre, y acaso por tener con qué mantener su vicio dominante, que casi generalmente, entre ellos, es el de la embriaguez, de manera que en teniendo que beber, poco se les da de no comer ó de comer cualquiera porquería; y ésta es la razón de que por buenos artesanos que sean, y por más que trabajen, jamás medran, nada les luce, porque todo lo disipan, y así los ves desnudos como á estos dos, que quizá serán los mejores oficiales que tendrá el maestro en su taller.

—¡Qué lástima de hombres! exclamé; y si son casados, ¡qué vida les darán á sus pobres mujeres, y qué mal ejemplo á sus hijos! —Considéralo, me dijo Enero. A sus mujeres las traen desnudas, hambrientas y

<sup>1</sup> Estar con la tranca quiere decir estar borracho. E.

golpeadas, y á los hijos en cueros, sin comer y malcriados.

En esto nos salimos de aquella pocilga, y fuimos á tomar café. Lo restante del día, que lo pasamos en visitas y andar calles hasta las doce, me anduve yo cusqueando<sup>1</sup> y rascando. Tal era la multitud de piojos que se me pegaron de la maldita *frusa*.<sup>2</sup> Y no fué eso lo peor, sino que tuve que sufrir algunas chanzonetas pesadas que me dijeron los amigos; porque los animalitos me andaban por encima, y eran tan gordos y tan blancos que se veían de á legua, y cada vez que alguno se ponía donde lo vieran, decía uno:—Eso no, á mi amigo Perico no, que aquí estoy yo.—Otros decían: Hombre, eso tiene buscar novias de á medio.—Otros: ¡Qué buenas fuerzas tienes, pues cargas un animal tan grande!—Y así me chuleaban todos á su gusto, sin quedarse por cortos con mi compañero que también estaba nadando.

Por fin dieron las doce, y me dijo éste:—Vámonos al juego; porque yo no tengo blanca para comer, y no seas tonto, véte aplicando. Donde tú puedas, afianza una apuesta y dí que es tuya, que yo juraré por cuantos santos hay que te la ví poner; pero ya te he advertido que sea apuesta corta, que no pase de dos ó tres reales;

<sup>1</sup> Satisfaciendo la curiosidad, ó mirando todo lo que ocurre. E.

<sup>2</sup> Frazada. E.

porque si vas á hacer una tontera, nos exponemos á un codillo.

En efecto, entramos al juego, tomamos buenos lugares, se calentó aquello, como dicen, y yo ya le echaba el ojo á una apuesta, ya á otra, ya á otra; y no me determinaba á tomarme ninguna de puro miedo. Quería extender la mano, y parece que me la contenían y me decían en secreto: *¿Qué vas á hacer? Deja eso ahí que no es tuyo...* La conciencia ciertamente nos avisa y nos reprende secreta, pero eficazmente, cuando tratamos de hacer el mal; lo que sucede es que no queremos atender á sus gritos.

Januario no más me veía, y yo conocía que me quería comer de cólera con los ojos. A lo menos si ha tenido ponzoña en la vista, como cuentan los mentirosos que la tiene el basilisco, no me levanto vivo de la mesa; tal era su feroz mirar. Hay gentes que parece que toman empeño en hacer que otros salgan tan perversos como ellos, y este condenado era uno de tantos.

Por último, yo más temeroso de su enojo que de Dios, y más bien por contemporizar con su gusto que con el mío, que es lo que sucede en el mundo diariamente, resolví á armarme con una peseta al tiempo que la pagaron. Cuando el pobre dueño del dinero iba á estirar la mano para coger sus cuatro reales, ya yo los tenía en la mía. Allí fué lo de: *ese dinero es mío; no,*

*sino mío: yo digo verdad, y yo también;* con su poco que mucho de: *está muy bien; ahí lo veremos; donde usted quiera,* y todas las bravatas corrientes en semejantes lances, hasta que Januario, con un tono de hombre de bien, dijo al perdidoso:—Amigo, usted no se caliente. Yo ví poner á usted su peseta; pero la que el señor ha tomado, no le quede á usted duda, es suya, que yo se la acabo de prestar.

Con esto se serenó la riña, quedándose aquel infeliz sin sus medicillos y yo habilitado con ellos.

Ya se me derretían en la mano sin acabar de ponerlos á un albur; no porque me faltara valor para apostar cuatro reales, pues ya sabéis que yo, aunque sin habilidad, sabía jugar y había jugado cuanto tenía mi madre, sino porque temía perderlos y quedarme sin comer. ¡Tal era el miedo que la hambre me había infundido el día anterior!

Januario me lo conoció, y me hizo señas para que los jugara con franqueza, pues ya él tenía segura la mamuncia.

Con esta satisfacción los jugué en cinco albures á la dobla, y cuando me ví con diez y seis pesos, creí tener un mayorazgo; ya se ve, como aquel que en muchos días no había tenido un real.

Mi compañero me hizo seña que los rehundiera, como lo verifiqué, pensando que nos íbamos á comer;

mas Januario en nada menos pensaba, antes se quedó allí hecho un postema, hasta que se acabó la partida grande, á cuyo instante me pidió el dinero, sacó él cuatro pesos y una de sus barajas, y se puso á tallar <sup>1</sup> diciendo: —Tírenle á este *burlotito*.

Los tahures fuertes, así que vieron el poco fondo, se fueron yendo; pero los pobretes se apuntaron luego luego, que es lo que se llama *entrar por la punta*.

El montecillo fué engrosando poco á poco, de modo que á las dos de la tarde ya tenía aquella *zanganada* como setenta pesos.

A esa hora fueron entrando dos payitos muy decentes y bien rellenos de pesos. Comenzaron á apuntarse de gordo; de á veinte y veinticinco pesos, y comenzaron á perder del mismo modo. En cada albur que yo los veía poner los chorizos de pesos se me bajaba la sangre á los talones, creyendo que en dos albures que acertaran se perdía todo nuestro trabajo, y nos salíamos sin blanca soñando que habíamos tenido, lo que á mí se me hacía intolerable, según el axioma de los tahures, de que *más se siente lo que se cría que lo que se pare*.

Pero aquellos hombres estaban, según entendí entonces, erradísimos, porque el albur en que ponían diez ó doce pesos lo ganaban; pero aquel en donde apostaban

<sup>1</sup> Barajar. E.

entre los dos cuarenta ó cincuenta lo perdían, así podían jugarlo con mil precauciones.

De este modo se les arrancó á los dos casi á un tiempo, y uno de ellos, al perder el último albur que iba interesado, y siendo de un caballo contra un as, vino el as; sacó los cuatro caballos, y mientras estuvo rompiendo los demás naipes, se los comió, como quien se come cuatro soletas, y hecha esta importante diligencia, se salió con su compañero, ambos encendidos como una grana, y sudando la gota tan gorda. ¡Tales eran los vapores que habían recibido!

Januario, con mucha socarra, contó trescientos y pico de pesos; le dió una gratificación al dueño de la casa, y lo demás lo amarró en su pañuelo.

Ya se lo comían los otros tahures pidiéndole barato; pero á nadie le dió medio, diciendo:—Cuando á mí se me arranca, ninguno me da nada, y así cuando gane, tampoco he de dar yo un cuarto.

No me pareció bien esta dureza, porque, aunque tan malo, he tenido un corazón sensible.

Nos salimos á la calle y nos fuimos á la fonda, que estaba cerca; comimos á lo grande, y concluída la comida, me dijo mi protector:—¿Qué tal, señor Perico, le gusta á usted la carrera? Si no se hubiera determinado á armarse con aquella apuesta ¿contara con ciento y más pesos suyos? Vaya, toma tu plata y gástala en lo